

PG 6523

.G 2835 B6

183

PQ6523

.G 2835 B6

183

P — 4

Bodas de S. Juan

GALERIA DRAMATICA.

PQ 6523
.G2835
B6
Copy 1

COLECCION

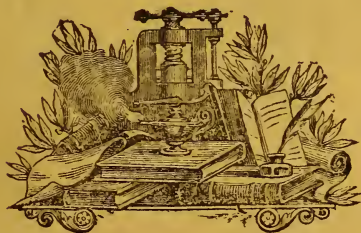
**DE LAS MEJORES OBRAS
DEL TEATRO**

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANJERO,

FOR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

Marcela, ó ¿á cuál de las tres?
 Un tercero en discordia
 Un novio para la niña.
 Otro diablo predicador.
 Me voy de Madrid.
 La redaccion de un periódico.
 Las improvisaciones.
 Una de tantas.
 Muérete y verás.
 El amigo mártir.
 Todo es farsa en este mundo.
 D. Fernando el emplazado.
 Medidas extraordinarias.
 El poeta y la beneficiada.
 Ella es él.
 El pró y el contra.
 El hombre gordo.
 Flaquezas ministeriales.
 El hombre pacífico.
 El que dirán.
 Un día de campo.
 El novio y el concierto.
 No ganamos para sustos.
 Bellido Dolfos.
 ¡Una vieja!
 El pelo de la dehesa.
 Lances de carnaval.
 Pruebas de amor conyugal.
 El cuarto de hora.
 La ponchada.
 El plan de un drama.
 Dios los cria y ellos se juntan.
 Cuentas atrasadas.
 Mi secretario y yo.
 ¡Qué hombre tan amable!
 Los hijos de Eduardo.
 Engañar con la verdad.
 Los primeros amores.
 A la zorra candilazo.
 El amante prestado.
 Un paseo á Bedlan.
 Mi tío el jorobado.
 La familia del boticario.
 El segundo año.
 La loca fingida.
 No mas muchachos.
 Mi empleo y mi muger.
 La primera leccion de amor.
 Lo vivo y lo pintado.
 La pluma prodigiosa.
 La Batelera de Pasages.
 La mansion del crimen.
 La escuela de las casadas.
 El Editor responsable.
 ¡Estaba de Dios!
 Blanca de Borbon.
 Carlos II el hechizado.
 Rosmunda.
 D. Alvaro de Luna.
 El entremetido.

Rodrigo.
 Carlos V en Ajofrin.
 Cuidado con las novias.
 Un monarca y su privado.
 El día mas feliz de la vida.
 El vigilante.
 La escuela de los viejos.
 El vaso de agua.
 Un casamiento sin amor.
 Matilde.
 D. Trifon.
 Masaniello.
 Atrás!
 Guzman el bueno.
 El amigo en candelero.
 El Trovador.
 El page.
 El rey monje.
 Magdalena.
 El bastardo.
 Samuel.
 Dandolo.
 El encubierto de Valencia.
 Batilde ó América libre.
 Margarita de Borgoña.
 La pandilla.
 D. Juan de Marana.
 Caligula.
 Zaida.
 Juan de Suavia.
 El caballero leal.
 El premio del vencedor.
 Gabriel.
 Las bodas de Doña Sancha.
 Los amantes de Teruel.
 Doña Mencía.
 La redoma encantada.
 La visionaria.
 Los polvos de la madre Celestina.
 El amo criado.
 Ernesto.
 El barbero de Sevilla.
 Alfonso el Casto.
 Primero yo.
 El abuelito.
 El Bachiller Mendárias.
 Macias.
 No mas mostrador.
 Roberto Dillon.
 Felipe.
 Un desafío.
 Arte de conspirar.
 Partir á tiempo.
 Tu amor ó la muerte.
 D. Juan de Austria.
 D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
 Tanto vales cuanto tienes.
 Solaces de un prisionero.
 La morisca de Alajuar.
 El crisol de la lealtad.

El desengaño en un sueño.
 Mas vale llegar á tiempo.
 Ganar perdiendo.
 Cada cual con su razon.
 Lealtad de una muger.
 El zapatero y el rey 1.^a parte.
 Apoteosis de Calderon.
 El zapatero y el rey, 2.^a parte.
 El eco del torrente.
 Los dos vireyes.
 La corte del Buen-Retiro.
 Bárbara Blomberg.
 D. Jaime el conquistador.
 Higuamota.
 La aurora de Colon.
 El conde D. Julian.
 Cerdan, justicia de Aragon.
 Contigo pan y cebolla.
 Tal para cual.
 Las costumbres de antaño.
 El jugador.
 Del mal el menos.
 Toros y cañas.
 Quien mas pone pierde mas.
 Rivera.
 El rigor de las desdichas.
 Las simpatías.
 El diablo cojuelo.
 Las ventas de Cárdenas.
 Dos validos.
 La tumba salvada.
 El Tasso.
 Acertar errando.
 Hacerse amar con peluca.
 Shakespeare enamorado.
 Máscara reconciliadora.
 El testamento.
 El gastrónomo sin dinero.
 Miguel y Cristina.
 La vuelta de Estanislao.
 Las capas.
 Un ministro!!!
 Quiero ser cómico.
 El ambicioso.
 Marino Faliero.
 El marido de mi muger.
 Jacobo II.
 El rey se divierte.
 La muger de un artista.
 La segunda dama duende.
 Un alma de artista.
 Una ausencia.
 Mateo.
 Amor de madre.
 El honor español.
 La sociedad de los treçe.
 Los perros del monte de san
 Bernardo.
 El héroe por fuerza.
 Bruno el tejedor.

LAS BODAS DE DOÑA SANCHA.

DRAMA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

Don Antonio García Gutiérrez.



MADRID.

IMPRESA DE REPULLÉS.

Mayo de 1843.

PERSONAS.

DOÑA SANCHA, *infanta de Leon.*

DON GARCÍA, *conde de Castilla, de edad de 13 años.*

DON FERNANDO, *hijo segundo de don Sancho el mayor, rey de Navarra.*

DON RODRIGO VELA, *conde de Vela.*

DON ÍÑIGO, *su hermano.*

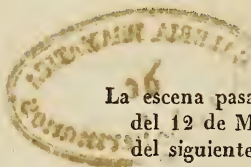
FERRAN, *capitan leonés.*

JIMENA, *dueña al servicio de doña Sancha.*

PEDRO CORTACABEZAS, *bandido.*

DIEGO.

CORTESANOS, SOLDADOS, PUEBLO, CABALEROS CASTELLANOS
Y LEONESES.



La escena pasa en Leon: la accion empieza en la tarde del 12 de Mayo de 1028, y concluye en la madrugada del siguiente dia.

Este Drama, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Nov. 20
16



Acto primero.



El teatro representa una larga galería del alcázar de los reyes de Leon. Hacia el fondo, un gran balcon que da á una plaza: puertas á uno y otro lado. Al levantarse el telon está llena la galería de caballeros, y con especialidad se verán muchos que estan asomados al balcon.

ESCENA PRIMERA.

DIEGO. FERRAN. CABALLEROS.

DIEGO. Miradlo: los leoneses
 con júbilo manifiestan
 el deseo con que ai noble
 esposo de Sancha esperan.
 Don García de Castilla
 es para nosotros prenda
 de union y paz: la alianza
 de la cristiandad se estrecha.

FERRAN. Ya era tiempo: y asi solo
 en cruda incansable guerra
 lanzaremos al infiel
 á sus calientes arenas.
 De otro modo, dividida
 en bandos toda esta tierra,
 mal á las fuerzas del moro
 puede oponer resistencia.
 Castilla y Leon unidas
 tremolarán sus banderas
 en Córdoba.

;

DIEGO.

Mucho espero
de tan atrevida empresa.
Venceremos.

FERRAN.

DIEGO.

¿Quién lo duda?

FERRAN.

Romperemos las cadenas
en que gime nuestra patria
ó moriremos por ella.
Hasta no ver arrasadas
las mezquitas del Profeta,
hasta que la media luna
de España desaparezca,
no soy feliz. Si Dios quiere
que este triunfo á costa vea
de mi vida, yo le doy
de buen grado mi existencia.

DIEGO.

No será posible antes.
;Tan hondas raíces echa
la morisma en nuestra patria!
;Tanto su imperio se asienta!
Córdoba, Aragon, Granada,
Toledo y cuanto el mar riega
en Oriente y Mediodia,
del moro el poder veneran.
La lucha es larga, y quién sabe
si la Justicia suprema
ha señalado por mucho
el fin de nuestras afrentas.

FERRAN.

Ayude Dios, si le agrada,
á los que por él pelean;
si nos deja de su mano
moriremos en la empresa.
A Dios rogando y pegando
cintarazos. Mientras pueda
tener mi brazo la espada,
mis oraciones son estas.

Mas... ;esperad! ;quién es ese?

(Señalando adentro.)

;No es Pedro Cortacabezas?

El mismo.

DIEGO.

FERRAN.

DIEGO.

;En palacio!

Está

indultado.

199/81
75

FERRAN. ¡Brava pesca!
DIEGO. Y á Córdoba con el rey
va á pelear.

FERRAN. ¡Bueno fuera!
DIEGO. Una legion de bandidos
militan en su bandera,
que diz que son los demonios.

FERRAN. Sin duda irán por la presa.
Pero el botin será inmenso
y habrá para todos: vengan,
y con tal que batan bien
el cobre...

DIEGO. Lo harán en regla.

FERRAN. Aqui viene: quiero hablarle.

DIEGO. Yo en tanto veré si llegan
los de Castilla.

FERRAN. Traedme,
en cuanto asomen, la nueva.

ESCENA II.

FERRAN. PEDRO CORTACABEZAS.

FERRAN. ¡Pedro!

PEDRO. ¿Señor capitan?

FERRAN. Perdona si te molesto.

¿Me conoces?

PEDRO. No.

FERRAN. ¿Tan presto
te olvidaste de Ferran?

PEDRO. ¡Vos!

FERRAN. Tu memoria es infiel.

PEDRO. Ferran... sí, recuerdo ya.

FERRAN. ¿Tan poblado el monte está
que ya no cabes en él?

¿Qué haces en poblado, Pedro?

¿Tú en el servicio del rey?

PEDRO. Soy hombre de buena ley,
y sin embargo no medro.

De aquella vida encantada
en que por vos tanto he sido
maltratado y perseguido,

- FERRAN. Largo tiempo, noche y día
te he buscado con afán.
- PEDRO. Y si vivís, capitán,
por cierto no es culpa mía.
- FERRAN. Era una vida de perro.
- PEDRO. ¿Mala os parece? á mí no.
- FERRAN. ¿Ya! va en gustos.
- PEDRO. Es que yo
tengo el corazón de hierro.
- FERRAN. Sin embargo...
- PEDRO. Si se trata
de honradez, no es cosa justa,
lo sé; pero á mí me gusta
andar á salto de mata.
Y aunque sé que me denigro
diré la verdad de lleno...
á mí me gusta lo ageno
y me enamora el peligro.
Ser yo hombre honrado..., ¡ya es obra!
y por postre, ¡voto á quién...!
¡capitán! no duermo bien
si no duermo con zozobra.
- FERRAN. Eres un malvado...
- PEDRO. Estoy
en eso.
- FERRAN. Acaso el mayor
que encierra el mundo.
- PEDRO. Señor...
yo sé muy bien lo que soy.
Todo corazón se inflama
con la gloria...
- FERRAN. No me da pena
la tuya.
- PEDRO. Pues mala ó buena
cada uno tiene su fama.
- FERRAN. Haz que otra nueva te den
ya que eres valiente, Pedro.
- PEDRO. Ya os he dicho que no medro
cuando soy hombre de bien.
- FERRAN. Sé fiel á tu soberano,
y él premiará...

PEDRO: ¡ Bueno á fé!
yo esa pena le ahorraré
cobrándome por mi mano.

FERRAN. ¡ Pedro, á Dios! Veo que estás
impenitente.

PEDRO. Asi soy.

FERRAN. Pero observándote estoy.

PEDRO. Si caigo...

FERRAN. Las pagarás.

(Los dos se pierden entre la multitud.)

ESCENA III

RODRIGO. IÑIGO.

RODRIGO. ¡ Hoy viene! si hoy no logramos
nuestra sangrienta esperanza,
es fuerza que á la venganza
renuncia por siempre hagamos.

IÑIGO. ¿ Mas cómo ha de ser?

RODRIGO. La suerte
acaso lo dispondrá
de modo que no será
cosa difícil su muerte.

IÑIGO. ¿ No renuncias á ese afán?
¿ Ni compasion ni cariño
por inocente y por niño
te inspira?

RODRIGO. ¡ Por San Millan!
No hay afrenta ni mancilla
que osado afrontar no deba,
cómo yo la sangre beba
de los condes de Castilla.
¿ No es esa raza insolente
la que moviéndonos guerra,
no nos ha dejado tierra
en que reposar la frente?
Sin patria ya y sin hogar,
errante do quiera voy,
y donde quiera que estoy
su saña me ha de alcanzar.
¡ Iñigo...! y luego ese niño

cuya tímida inocencia
 te inspira tanta clemencia
 y despierta tu cariño,
 á robarme una esperaza
 viene... No lo sepas, no,
 pero sabe, en fin, que yo
 no renuncio á mi venganza.

IÑIGO. Yo tambien te ayudaré,
 que aunque tu afan no me cuadre
 los agravios de mi padre,
 Rodrigo, nunca olvidé.

RODRIGO. Observa si viene.
(Iñigo va al balcon.)

ESCENA IV.

RODRIGO. FERRAN, sale de entre los grupos.

RODRIGO. ¿Qué hay?
 FERRAN. Si el aviso no mintió
 que esta mañana ha traído
 á la infanta un corredor..

RODRIGO. ¿Qué dijo?
 FERRAN. Que junto al Ezla
 ayer noche le dejó.

RODRIGO. En ese caso, ya debe
 estar cerca de Leon.
 Ferran, y vos, ¿qué opinais
 de esta boda?

FERRAN. ; Voto á brios!
 Opino que está bien hecho.
 ¿No pensais asi?

RODRIGO. Yo no.
 FERRAN. Y para que asi os disguste
 ¿teneis alguna razon?

RODRIGO. Muchas.
 FERRAN. Veamos.

RODRIGO. La infanta
 ya raya en los veinte y dos,
 y don García...

FERRAN. ¿Qué diablos!
 alguno ha de ser mayor.

- RODRIGO. Concedo; pero lo justo
es que ese sea el varon,
y mas cuando empuña un cetro.
¿No pensais asi?
- FERRAN. Yo no.
- RODRIGO. ¡Que siempre ha de ser contraria
en todo nuestra opinion!
- FERRAN. Sin duda que es simpatía.
- RODRIGO. Es vuestro carácter.
- FERRAN. No...
es que á falta de mandoble,
me gusta la oposicion.
- RODRIGO. Es decir, que en este asunto
pensais en contra ó en pro,
segun...
- FERRAN. ¡Segun...! muy bien dicho.
Opino al revés que vos.
- RODRIGO. Yo opino mal.
- FERRAN. Y yo bien.
- RODRIGO. En un precipicio atroz
Castilla va á despeñarse.
- FERRAN. Pues por la misma razon.
- RODRIGO. La cristiandad, su caída
sentirá tal vez.
- FERRAN. ¿Pues no?
- RODRIGO. Y se ensañará la guerra.
- FERRAN. ¿Y bueno? tanto mejor.
- RODRIGO. A no saber que sois noble,
cristiano y buen español,
dijera...
- FERRAN. No dirais nada
en donde os escuche yo.
- RODRIGO. De vuestras palabras puede
deducirse...
- FERRAN. ¿Qué? ¿que soy
partidario de la guerra?
- RODRIGO. Mas sin causa ni ocasion...
- FERRAN. ¿Que no hay causa? mientras pisen
esos hijos de Astarot
el suelo de nuestra España,
aun el descanso es baldon.
- RODRIGO. No es posible, dividida

la cristiandad...

FERRAN.

Sí, ¡voto á brios!

¡dividida! en eso solo
de acuerdo con vos estoy.
Hay cristiano, tan infame,
que con intento feroz,
al moro presta su brazo
contra su patria y su Dios.

RODRIGO.

¡Ferran!

FERRAN.

¿No es cierto?

RODRIGO.

Quien venga

un ultrage...

FERRAN.

Es un traidor
si á su misma patria envuelve
en llanto y desolacion.
Decidme, si la vergüenza
os deja... ¿no fuisteis vos
quien llevó sobre Castilla
las falanges de Almanzor?
Sois atrevido.

RODRIGO.

FERRAN.

Está dicho.

Si quereis satisfaccion...

RODRIGO.

Muy bien pudiera exigirla.

FERRAN.

¿Acaso os la niego yo?

RODRIGO.

Pero conozco que os ciega
como á muchos ese error,
y os lo perdono.

FERRAN.

¡Mil gracias!

Mil gracias por el perdon.
Mas si alguna vez quisiereis
que os lo repita...

RODRIGO.

No, no...

Ferran, yo soy vuestro amigo.

FERRAN.

(Dejarle será mejor.)

(Don Rodrigo se esconde entre la multitud.)

¡A Dios, buen conde don Vela;
lleva contigo el baldon
de mis palabras, infame,
hijo de padre traidor!
¿Vas á acechar por ventura
alguna nueva ocasion
de completar tu venganza,

de refrescar tu rencor?
 ¿Aun no saciado de sangre,
 acudes, tigre feroz,
 á fascinar á tu víctima
 con tus ojos de escorpion?
 Tu hipócrita continente
 á mí no me engaña, no,
 que estoy leyendo en tu alma
 claramente la traicion.

ESCENA V.

DICHOS. PEDRO CORTACABEZAS.

PEDRO. ;Aqui el capitan!
 (*Quiere evitar su encuentro, y Ferran le detiene.*)
 FERRAN. Espera,
 Pedro.
 PEDRO. ;Qué mandais?
 FERRAN. Te dije
 una palabra que exige
 explicacion.
 PEDRO. ;Bueno fuera!
 ;Para qué!
 FERRAN. ;Por Belcebú!
 PEDRO. Y es ello...
 FERRAN. Porque te asombre,
 sabe que he encontrado un hombre
 aun mas infame que tú.
 PEDRO. ;Ba! ;No es posible! Este dedo
 apuesto...
 FERRAN. Perder recela
 tu fama.
 PEDRO. ;Es Rodrigo Vela?
 FERRAN. Ese mismo.
 PEDRO. Os lo concedo.

ESCENA VI.

DICHOS. DOÑA SANCHA. DON FERNANDO. PAGES y CABALLEROS que acompañan á la infanta.

SANCHA. ;Infante! mi esposo llega
 hoy mismo...

FERNANDO.

Harto lo sé ya.

SANCHA.

Y el amor solo se da
á quien la mano se entrega.
De estos tristes amoríos,
ya que por desdicha os pierdo,
no quede en vos un recuerdo:
olvidemos desvaríos.

FERNANDO.

Señora, muy bien lo sé,
mas no se lanza al olvido
facilmente á la que ha sido
señora de nuestra fé.

No puede mi corazon
desarraigar de su seno
este terrible veneno
de peligrosa pasion.

Sancha, ¿cómo he de poder
arrancarle sin la vida?

¿Quién si os ha amado os olvida?

SANCHA.

Sin embargo, esto ha de ser.

FERNANDO.

¡No, Sancha! Vuestro rigor,
cuando querais castigar
mi afecto, no ha de apagar
ni un átomo de mi amor.

Mandadme que de mi labio,
pues vuestro desden me aleja
de vos, no se oiga una queja,
ya que con mi fé os agravio.

Y pues lo quieren los cielos,
añadid la crueldad

al desprecio, y aumentad
la ponzoña de mis celos.

SANCHA.

No, don Fernando; si os pido
que de este amor desistais,
si os imploro que pongais
esta memoria en olvido,
no es desprecio ni rigor,
es que mi boda se apresta,
y en ocasion tan funesta
tengo miedo á vuestro amor.

¡Por vuestra dicha y la mia
respetad lo que los cielos
ordenan...! No tengais celos

del buen conde don García.

FERNANDO. ¡Señora! es una esperanza.

SANCHA. Mirad bien que me agraviais.

Tened cuenta no perdais

con eso mi confianza.

FERNANDO. Perdonad.

SANCHA.

Delirios tales,

si en otras almas cupieron,

nunca en las almas nacieron

de mugeres principales.

Y si es su respeto ley

que el noble debe acatar,

mejor le ha de reclamar

la que es hermana de un rey.

FERNANDO. Perdon mil veces, señora.

SANCHA. Basta ya, infante.

FERNANDO.

Este error

hijo ha sido del amor

con que mi pecho os adora.

SANCHA. Cuando os quereis disculpar

en vuestra falta insistís.

FERNANDO. Eso estriba en que me oís

con tedio.

SANCHA.

¿Hay tal delirar?

En fin, no me habéis de amores.

FERNANDO. Es fuerza.

SANCHA.

Me enojaré.

FERNANDO. Con tal que oigais, sufriré

gustoso vuestros rigores.

SANCHA. Será preciso mostrar

á un atrevido...

FERNANDO.

¡Lo veo...!

me odiais.

SANCHA.

(¡Es vano deseo!

No he de poderme mofar.)

FERNANDO. No mas con ese rigor

correspondais al que os ama.

SANCHA. Eso delirio se llama,

don Fernando, que no amor.

(En este momento, se oye á lo lejos vocería y repique de campanas. Se nota movimiento en los que estan asomados á los balcones del fondo.)

¿Oís? Ya viene mi esposo:
haced que vuestro semblante
no os venda, señor infante,
y destruya mi reposo.

FERNANDO. ¡Id, señora! No temais
que se revele en mis ojos
la causa de mis enojos.

SANCHA. Asi solo me obligais.

FERNANDO. Si la desesperacion
me combate, si no sé
vencerla, yo la ahogaré
ahogando mi corazon.
Id, y en perpetuas delicias
goceis, señora, mil años,
sin mis tristes desengaños,
sin mis amantes caricias.
Mas permitidme, primero
que lejos de vos me ausente,
veros...

SANCHA. No, no lo consiente
mi obligacion.

FERNANDO. ¿Nada espero?

SANCHA. Nada.

ESCENA VII.

DICHOS. FERRAN.

FERRAN. Señora, ya llega
á las puertas de Leon
vuestro esposo.

SANCHA. (El corazon
de angustia y dolor se anega.)

FERRAN. ¿Viene el conde con salud?
Viene alegre, suspirando
por veros, y rebosando
de hermosura y juventud.

SANCHA. Decid...

FERRAN. Su noble presencia
brilla entre la pompa ufana
de su corte castellana,
por su gracia y su inocencia.

RODRIGO. ¿Tanta gente le acompaña?

FERRAN. Sí.
 RODRIGO. ¿Por ventura en Leon
 recela alguna traicion?
 FERRAN. ¡Psch! No fuera cosa estraña.
 SANCHA. El conde nada recela
 que aqui nuestra fé corrompa,
 pero conviene á su pompa
 esa ostentacion, don Vela.
 FERRAN. ¿Señora, no hemos de ir
 á su encuentro?
 SANCHA. Decís bien.
 (Ya espero verle tambien.)
 Salgámosle á recibir.
 FERNANDO. Esperad, que él viene.
 FERRAN. Él es,

ESCENA VIII.

DICHOS. DON GARCÍA, y muchos caballeros castellanos y leoneses, que se colocarán detras de sus respectivos señores. Don Rodrigo Vela estará entre los leoneses, asi como su hermano don Íñigo. Don Garcia, con estrema vivacidad, se adelanta hácia doña Sancha y la besa una mano.

SANCHA. ¡Conde y señor!
 GARCIA. ¡Bella infanta!
 SANCHA. (Gallarda presencia tiene.)
 GARCIA. (Bellísima es doña Sancha.)
 Perdonadme si turbado
 no puedo encontrar palabras
 con que espresaros la dulce
 satisfaccion de mi alma.
 Nuevas de vuestra hermosura
 me dieron, pero aunque tantas
 y tan grandes, sois mas bella
 que cuanto dice la fama.
 SANCHA. Galan venís de Castilla,
 don Garcia.
 GARCIA. Esa estremada
 modestia que en vuestro rostro
 con vivo carmin resalta,

ese amoroso rubor
con que oís mis alabanzas,
si no es la mayor, no es
la menor de vuestras gracias.
¿Qué os ha parecido el novio,
infante?

FERRAN.

¡Pesie á mi alma!

FERNANDO.

FERRAN.

Decid.

FERNANDO.

Que como él no hay nadie
que merezca á doña Sancha.

GARCIA.

¿Son estos los caballeros
de Leon?

SANCHA.

Y de muy altas
gerarquías.

GARCIA.

¿Quién es ese
cuya presencia bizarra
entre todos se distingue
por su continente y gala?

SANCHA.

Don Fernando, el noble infante,
hijo del rey de Navarra.

GARCIA.

Perdonad mi inadvertencia,
que es hija de mi ignorancia.
¿Daréisme la mano?

FERNANDO.

Sí;

y con ella toda el alma.

GARCIA.

Quiero ser muy vuestro amigo.

RODRIGO.

En nosotros no repara.

IÑIGO.

Ó disimula sin duda.

GARCIA.

Los demas que os acompañan...

SANCHA.

Son hidalgos de Leon,
y deudos de nuestra casa.

GARCIA.

Habrá grandes nombres.

SANCHA.

Muchos

se ilustraron con las armas

y son el terror del moro:

Manriques, Mendozas, Laras...

(Don Garcia va recorriendo con la vista el grupo de caballeros leonesés, hasta que repara en Iñigo y Rodrigo Vela.)

GARCIA.

¡Cielo santo!

SANCHA.

¡Qué os espanta!

GARCIA.

¡Nada, señora! Seguid...

Laras, Mendozas... prósapias
ilustres, que no han manchado
ni la traicion ni la infamia.
(Los ha conocido.)

FERRAN.
RODRIGO.

(¡Cielos!

si otra afrenta me prepara...)

SANCHA.
GARCIA.

¿Qué decís?

Que entre esos hombres,
cuya perdurable fama
es honor de vuestros reinos,
dos traidores se recatan.

SANCHA.
GARCIA.

¡Señor!

Oprobio y afrenta
de la lealtad castellana,
contra el pendon de Jesus
osaron blandir las armas.
¿Cómo es que en Leon, de tantos
hidalgos valientes patria,
los traidores se cobijan
y á los rebeldes se ampara?

FERRAN.
SANCHA.

Bien dicho, conde:

¡Silencio!

RODRIGO.
GARCIA.

Señor, si hubo un tiempo... (¡Oh rabia!)

Apartad.

RODRIGO.

Dejad que bese
con humildad vuestras plantas,
y que os jure...

GARCIA.

Ni promesas
ni juramentos me bastan.
Con hechos purificad
vuestra nobleza manchada,
y entonces tendrá un lugar
para vosotros mi alma.

SANCHA.
GARCIA.

¡Entrad, señor!

Decís bien,
de reposo tengo falta;
y mas cuando he de partir
á Oviedo...

SANCHA.
GARCIA.

¿Cuándo?

Mañana. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

IÑIGO. RODRIGO.

IÑIGO.

Mañana se parte á Oviedo.
¿Qué dices?

RODRIGO.

Que la jornada
será mas larga que piensa.
¡Mañana, nuestra venganza!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

FERRAN. DIEGO.

FERRAN. Todo reposa en palacio,
y es bien entrada la noche.
Colocad los centinelas.

DIEGO. ¿Pondré guardas en la torre?

FERRAN. En todas partes.

DIEGO. ¿Temeis
por ventura algun desorden?

FERRAN. No, Diego; pero me dan
mala espina esos traidores...

DIEGO. ¿Quiénes?

FERRAN. Los condes de Vela.

DIEGO. El diablo lleve á esos condes.

FERRAN. Amén, y aun no logran
purificar sus tizonas
las maldades que se encierran
en el pecho de esos hombres.

DIEGO. ¿Habeis notado tal vez...

FERRAN. Nada; pero está en el orden,
por si viniesen mal dadas,
que yo mis medidas tome.

DIEGO. Es muy justo.

FERRAN. Por las calles
cercanas, hareis que rondan

:

los que no esten ocupados
en el servicio : ya lo oye.

DIZGO. Voy al instante.

ESCENA II.

FERRAN.

FERRAN.

Serán
injustas mis presunciones,
mas no tengo confianza
en esas almas de Herodes.
Y si imaginan alguna
traicion, yo haré que zozobre.
¡Voto va! ya andarán listos
si descuidado me cogen.
Si yo por dicha me hallara
en el pellejo del conde
don García, si tuviera,
como él las tiene, razones
para colgar de una horca
por los pies á esos bribones,
lléveme el diablo, si no
les apretaba el cogote.
¡Qué! ¿tanto se perderá
con que á los Velas ahorquen?
¿Y han de vivir en Leon
para mengua de otros nobles?
Quiera Dios que se deslicen
de modo... ¿y qué haria entonces?
¿Quién soy yo? ¿Con qué razon
me quejo yo de esos hombres?
Es que la traicion me irrita,
y si pudiera á mandobles
componerlo, los haria
de buena gana gigote.
¡Oh! pero son dos gallinas
que ni valen que me enoje
da esta manera. Ellos vienen...
Quisiera... Dios me perdone.

ESCENA III.

DICHOS. RODRIGO. IÑIGO.

- RODRIGO. ¿A dónde va, capitán?
 FERRAN. A tomar mis precauciones
 en la guardia de palacio.
- RODRIGO. Pues qué, ¿tanto miedo corre?
 FERRAN. El miedo no ha entrado nunca
 aquí.
- RODRIGO. ¿Acaso es de bronce
 vuestro corazón?
- FERRAN. No tal,
 mas juro á los doce apóstoles...
- RODRIGO. No jure.
 FERRAN. (¡Cristiano está!)
 Pues voto á Judas...
- RODRIGO. No vote.
- FERRAN. ¿Es pecado?
- RODRIGO. Sí.
- FERRAN. No tal,
 pues que juro á vuestro nombre.
- IÑIGO. ¿Cómo puedes tolerar...
 RODRIGO. Déjale que desahogue
 su encono: sin duda está
 mal con su existencia el pobre.
- FERRAN. Pues como digo, á tomar
 prontas providencias voy
 para mas seguridad.
 ¿Hago bien?
- RODRIGO. Está en el orden.
- FERRAN. ¿Y qué hareis?
 Entre otras cosas,
 desde que fueren las doce
 nadie entrará en el alcázar
 sin que mi permiso logre.
- RODRIGO. Es bien hecho.
- FERRAN. Con el alba
 luego á salir se dispone
 don García, y si hay alguno
 que en la esperanza se goce
 de verle solo, renuncie,

que he de guardarle hasta entonces.
 ¿Quién ha de querer...?
 RODRIGO. No sé.
 FERRAN. No hablo con vos.
 RODRIGO. Se supone.
 FERRAN. Con que ¡á Dios! (Bueno será que ese trabajo se aborren.)

ESCENA IV.

RODRIGO. IÑIGO.

RODRIGO. Este Ferran puede bien estorbarnos...
 IÑIGO. Y que ya sospecha...
 RODRIGO. Y procurará nuestra perdicion tambien.
 IÑIGO. ¿Qué haremos de él?
 RODRIGO. Nada.
 IÑIGO. ¡Nada!
 RODRIGO. Íñigo, solo desprecio puede inspirarme ese necio.
 IÑIGO. Pero es valiente, y su espada...
 RODRIGO. ¡Ba! será buena en la lid; hierro á hierro vencerá, pero de nada valdrá contra la astucia y ardid.
 IÑIGO. Bueno será sin embargo, y me parece prudente, que armas busquemos y gente...
 RODRIGO. De todo me haré yo cargo, Mira; ¿conoces tal vez á aquel hombre?
 (Señalando á la izquierda.)
 IÑIGO. No.
 RODRIGO. La fama de sus hechos se derrama por toda España.
 IÑIGO. ¡Pardiez!
 Grandes sin duda serán.
 RODRIGO. Eso sí.

- IÑIGO. ¿ Y es caballero?
- RODRIGO. No pica tan alto; pero...
es un bravo perillan.
Bien hay quien maldice de él;
mas su renombre le escuda,
y sus hazañas.
- IÑIGO. Sin duda
será terror del infiel.
- RODRIGO. ¡Qué! No.
- IÑIGO. De tales proezas
congeturarle debí.
- RODRIGO. ¿Quién es?
- RODRIGO. Un bandido. Aquí
le llaman Cortacabezas.
¿ No piensas que ese bribon
nos puede ser útil?
- IÑIGO. Creo
que tu insensato deseo
nos lleva á la perdicion.
- RODRIGO. ¡ Iñigo!
- IÑIGO. Nunca el destino
me haga tan vil ó tan necio,
que ponga una vida á precio
en manos de un asesino.
- RODRIGO. Mas Pedro sabrá callar.
- IÑIGO. Y aunque refrene su lengua,
Rodrigo, ¿ no será mengua
en tratos con él entrar?
- RODRIGO. Lo exige nuestra esperanza.
- IÑIGO. Llámale si quieres; sea,
pero sin que yo le vea.
- (*Rodrigo hace una seña.*)
- RODRIGO. ¿ Te aterra nuestra venganza?
Tente. (*Viendo que Iñigo quiere irse.*)
- IÑIGO. El momento fatal
de su muerte ansioso espero;
mas yo presenciar no quiero
ese contrato infernal.
Ahi le tienes.

ESCENA V.

DICHOS. PEDRO.

- PEDRO. ¡Guárdeos Dios!
¿Me llamabais? (*A don Íñigo.*)
- ÍÑIGO. ¿Yo? ¡Maldito!
para nada os necesito. (*Vase.*)
- PEDRO. Tanto mejor para vos.
- RODRIGO. Pedro, yo soy quien te llamo.
- PEDRO. ¡Don Rodrigo!
- RODRIGO. ¿Cómo es eso?
¿Tú en palacio?
- PEDRO. Ya profeso
nueva religion, mi amo.
- RODRIGO. ¿Cómo...?
- PEDRO. Esclavo de la ley
y súbdito humilde soy.
- RODRIGO. ¿Por qué milagro?
- PEDRO. Es que voy
á Córdoba con el rey.
- RODRIGO. Pero dime: ¿y á qué fin
te pretendes sujetar...?
- PEDRO. Es que me lleva á lidiar
no la fé, sino el botín.
- RODRIGO. Es que la sangre te ahoga.
- PEDRO. Si nos medimos los dos,
cuántos mejores que vos
se han colgado de una soga.
- RODRIGO. Ese lenguaje no es lícito.
Hablemos sin reticencia.
- PEDRO. Por Cristo y en mi conciencia
no puedo ser mas esplicito.
- RODRIGO. Con que ahora...
- PEDRO. No os lo niego,
hombre de bien voy á ser.
- RODRIGO. ¿Y si yo te he menester?
- PEDRO. Lo dejaré para luego.
- RODRIGO. Me librarás de una pena;
pero es un crimen horrible.
- PEDRO. Siendo de vos, no es creible
que pueda ser cosa buena.

- RODRIGO. ¿ Y si el delito es muy grande ?
 PEDRO. ¿ Qué me importa ? A fé de Pedro...
 RODRIGO. Piensa...
 PEDRO. Por nada me arredro.
 Con tal que lo pague, mande.
 RODRIGO. No hallarás tan gran tesoro
 en Córdoba, como aqui
 te puedo dar.
 PEDRO. Siendo asi,
 dejemos que viva el moro.
 De todos modos, no es tal
 mi saña...
 RODRIGO. Y aunque lo fuese,
 PEDRO. Mate moros quien quisiere,
 que á mí no me ban hecho mal.
 RODRIGO. Contra la ira, paciencia.
 PEDRO. ¡ Vaya ! os estoy obligado
 de que me hayais descargado
 de ese peso la conciencia.
 Soy vuestro.
 RODRIGO. Bien : de esa suerte,
 nos entenderemos.
 PEDRO. Sea.
 ¿ Qué es lo que el conde desea,
 algun rapto ?
 RODRIGO. No: una muerte.
 PEDRO. En buen hora. ¿ Es hombre fiero ?
 RODRIGO. No tal ; pero llevará
 gente tal vez.
 PEDRO. Bien está.
 Las condiciones espero.
 RODRIGO. ¿ Qué dices ?
 PEDRO. Entre los dos...
 RODRIGO. Espícate.
 PEDRO. ¡ Por San Pablo... !
 Sin reticencias os hablo :
 no tengo confianza en vos.
 RODRIGO. Pues tal recelo en tí labra,
 puedo tambien si te doy
 el premio, dudar...
 PEDRO. Yo soy
 esclavo de mi palabra.

RODRIGO.

¿Y yo?

PEDRO.

Suponed que muero.

RODRIGO.

Dóilo por supuesto.

PEDRO.

Bien:

si llega ese caso, ¿quién
os reclamará el dinero?
Tomarlo podeis á enojo,
señor, pero aqui no encaja,
y mi gente no trabaja
sin tener la plata al ojo.

RODRIGO.

Bien: irás á mi posada,
y el oro recibirás.

PEDRO.

Hasta luego.

RODRIGO.

¿Faltarás?

PEDRO.

Mi palabra está ya dada.

ESCENA VI.

RODRIGO.

¡Fortuna, no me abandones!
Hoy mismo ha de perecer
el conde, ó yo he de perder
mis soñadas ilusiones.
¡Oh! no es sola la venganza
la que así mi encono escita;
es una pasión maldita
que abrigo sin esperanza.
Un tormento que los cielos
en mi corazón guardaron,
y con rabia emponzoñaron,
y atormentaron con celos.
¡Sancha! si no he de poder
poseerte, si esta horrible
pasión el muro invencible
encuentra de tu deber,
si no halla en tu corazón
mi despecho algún lugar,
nadie logrará alcanzar
tu envidiada posesión.

ESCENA VII.

RODRIGO. DON FERNANDO.

- FERNANDO. ¿ Sois, vos, conde? ¿ á qué venís,
cuando sabéis que enojado
el conde...
- RODRIGO. Aun está acostado.
- FERNANDO. Os engañais.
- RODRIGO. ¿ Qué decís?
- FERNANDO. Quizá á marchar se dispone.
Hasta el alba no.
- RODRIGO. (Respiro.)
- FERNANDO. ¿ Ó quereis, que no me admiro,
que os escuche y os perdone?
- RODRIGO. Conmigo enojado está
de suerte, que no me atrevo
á verle: ademas, no debo,
pues agraviado estoy ya.
- FERNANDO. Yo pienso que mal su grado
tan duramente os habló.
- RODRIGO. Puede ser, mas me ultrajó.
- FERNANDO. Es niño.
- RODRIGO. Estoy agraviado.
- FERNANDO. Si persistís de esa suerte
en vuestro terrible encono,
por su clemencia no abono.
- RODRIGO. Qué podrá, ¿ darme la muerte?
- FERNANDO. ¿ Es poco?
- RODRIGO. No tengo miedo
á su cólera.
- FERNANDO. Mañana
con su gente castellana
ha de partir para Oviedo.
- RODRIGO. Esperándole está el rey.
- FERNANDO. Y que le pida no dudo
vuestra vida á don Bermudo.
- RODRIGO. Fuera traicion.
- FERNANDO. Fuera ley.
Con doña Sancha, su alteza
muy en breve casará,
y en el dote incluirá

- sin duda vuestra cabeza.
 (Si antes la suya no cae.)
- RODRIGO. Yo tambien el mismo dia
 me ausento.
- RODRIGO. ;Por vida mia!
- FERNANDO. Nada en Leon me distrae.
 ¿Querreis conmigo venir?
- RODRIGO. ¿A Navarra?
- FERNANDO. Adonde esteis
 en paz, y el miedo ahuyenteis
 que no os es dado encubrir.
 Ademas que alli se goza,
 y en espantosas campañas
 siempre abordan sus montañas
 los moros de Zaragoza.
 Alli, do jamas en calma
 duerme la saña enemiga,
 hay para el cuerpo fatiga
 y descanso para el alma.
 La soledad de los montes,
 Rodrigo, voy á buscar,
 y en sus cumbres á ensanchar
 los estrechos horizontes.
- RODRIGO. ¿Tan irresistible pena
 os combate?
- FERNANDO. ¿Qué os diré?
- RODRIGO. La causa...
- FERNANDO. Ni aun yo la sé.
- RODRIGO. ¿Algun amor que encadena
 vuestro deseo os desgarr
 por ventura el corazon?
 Estos los encantos son
 que os llaman desde Navarra.
- FERNANDO. ¿Quién sabe? pero aqui viene
 la infanta: vais á escitar
 su enojo si...
- RODRIGO. Disipar
 sus sospechas me conviene.

ESCENA VIII.

DICHOS. DOÑA SANCHÁ.

- SANCHÁ: Os buscaba, don Rodrigo.
 FERNANDO. Señora... (*En acción de retirarse.*)
 SANCHÁ. No os vayais, que juzgo
 que es útil vuestra presencia.
 RODRIGO. (*¿Qué me querrá? estoy confuso.*)
 SANCHÁ. Ya sabeis, conde de Vela,
 que de mi mano dispuso
 en favor de don García
 el noble rey don Bermudo.
 Rebelde contra su padre
 don Gonzalo, ya difunto,
 auxilio disteis al moro
 con escándalo del mundo;
 y devastando á Castilla
 con sangre y fuego, en confuso
 temor pusisteis sus pueblos
 desde Gormaz hasta Burgos.
 Vos mismo á mi noble esposo
 en vuestro rencor profundo
 hicisteis guerra, Rodrigo:
 ni os acrimino ni os culpo.
 Mas no se dirá que Leon
 de patria os sirve y escudo
 mientras lleveis en el pecho
 vuestros rencores injustos.
 Partid esta misma noche;
 yo os daré guarda y seguro
 para que nadie os detenga.
 Señora...
 RODRIGO. Partid al punto.
 SANCHÁ. Antes escuchadme.
 RODRIGO. Hablad.
 SANCHÁ. (*Si á disculparme no acudo*
 es perdida mi esperanza.
 ¡Calla y humíllate, orgullo!)
 Sancha, si en vano mi ya
 sospechada fé disculpo,
 si inútilmente las causas

de mi estrañamiento escuso,
 no se dirá por lo menos
 que cuando mi lealtad pudo
 disipar esas sospechas
 esta ocasion disimulo.

Contra el conde don Gonzalo
 en desatado tumulto

se levantaron mis gentes;
 ¡horrible accion que repugno!

Mas, señora, si esta fué
 la causa de mi infortunio,
 ni yo la traicion fragüé
 ni autoricé tal insulto.

Los pechos insoportables
 que el conde Gonzalo impuso
 para la guerra de Córdoba
 escitaron su disgusto.

Los hidalgos quebrantaron

• el ya insoportable yugo,
 y arrastrado con su ejemplo,
 rompióle tambien el vulgo.

El conde entonces, creyendo
 que con intento perjuro
 mis vasallos escitaba

contra su poder augusto,
 proclamándome traidor,
 injustamente tradujo
 mi inaccion por deslealtad,
 mi flaqueza por perjurio.

Perseguido por los nobles,
 á cuyo fatal influjo
 mejor que al noble Gonzalo
 mis desdichas atribuyo,
 pasé á Córdoba, y allí...
 allí solamente pudo
 desarrollar mi venganza
 sus temerarios impulsos.

Verme lejos de mi patria
 en abandono profundo,
 buscando en agena tierra
 el lugar de mi sepulcro,
 de esto solo puedo ser

delincuente: yo me acuso
 el primero, pero fué
 de una ingrátitud el fruto.
 Y si es cierto que á Gonzalo
 juré venganza iracundo,
 don García es inocente ;
 al menos, tal lo presumo.
 Yo que su venida ansiaba
 porque estos hondos disturbios
 cesasen...

SANCHA. ¿Es cierto, conde ?
 RODRIGO. Por mi conciencia os lo juro.
 SANCHA. No haya mas: yo de mi esposo
 por el pasado disgusto,
 juzgué que mejor sería
 vuestra ausencia de estos muros.
 Mas si quereis que os reciba
 en su gracia, yo mi influjo
 interpondré, y os prometo
 tal vez en breve su indulto.
 RODRIGO. Hacedlo asi.
 SANCHA. Volved luego ,
 don Rodrigo.
 RODRIGO. Antes de mucho
 vendré por una esperanza.
 SANCHA. Que será fiel os anuncio.

ESCENA IX.

DOÑA SANCHA. DON FERNANDO.

SANCHA. ¿ Y vos, no os vais ?
 FERNANDO. Con el alba,
 antes que sú moribundo
 esplendor bañe la tierra,
 para siempre de vos huyo.
 SANCHA. Sí... sí... partid.
 FERNANDO. Pero es fuerza
 que antes os vea.
 SANCHA. Presumo
 que delirais. (¡ Cuán en vano
 mis tormentos disimulo !)

- FERNANDO: ¡Señora! ¿de mi respeto
podeis dudar?
- SANCHA. Yo no dudo
y el mio me basta á mí
sin que me valga del suyo.
- FERNANDO. Si es asi, ¿por qué temeis
escucharme?
- SANCHA. Si os escucho,
Fernando, ofendo á mi esposo,
tal vez nuestra paz destruyo.
Y ese niño, cuya guarda
bajo mi encomienda púso
el cielo, y que es ya mi esposo...
- FERNANDO. Mucho le amais.
- SANCHA. ¡Oh! sí, ¡mucho!
- FERNANDO. Y es justo, Sancha; de hoy mas
á la esperanza renuncio
de este amor, pues que ya el vuestro
para idolatrarle es suyo.
Mas separarnos asi
bajo el doloroso influjo
de estos celos, que me abrañan
en el corazon ocultos...
- SANCHA. ¡Jamás! aprended de mí:
mirad cómo yo sojuzgo
mi corazon.

ESCENA X.

DICHOS. JIMENA.

- JIMENA. Don García
os busca.
- SANCHA. Idos, don Fernando.
- FERNANDO. ¡A Dios! jamas importuno
os aquejaré: á Navarra
mañana me restituyo.
- SANCHA. A Dios, don Fernando.
- FERNANDO. (¡No!
he de verla.)
- SANCHA. (A Dios le plugo.)
- FERNANDO. ¿Querrás, Jimena, escucharme

esta noche?

JIMENA. ¿Y á qué asunto?

FERNANDO. Ahora no es posible: acude
á la ventana del cubo,
y te explicaré... (*Vase por la izquierda.*)

JIMENA. ¡Bien, bien!

GARCIA. Perdonad si os interrumpo.

ESCENA XI.

DICHOS. DON GARCÍA.

SANCHA. ¡Interrumpirme, señor!

GARCIA. ¿Estaba el infante aquí?

SANCHA. (¡Si sospechará su amor...!)

GARCIA. ¿No me contestais?

SANCHA. ¡Ah! sí...

(El cielo me dé favor.)

Á despedirse venia.

GARCIA. ¿Cómo? ¿es posible?

SANCHA. Se ausenta

apenas alumbra el día.

GARCIA. Sin duda conmigo intenta

venir. Se lo estimaría.

Mas volviendo á vos, esposa,

ya que apenas de esos ojos

disfruto la luz preciosa

y voy á llorar enojos

en ausencia dolorosa,

permitid que un breve instante

os ocupe.

SANCHA. Obligacion

es esa de fiel amante.

GARCIA. Permitidme, y no os espante,

que aproveche esta ocasion...

SANCHA. Hablad. (¿Qué querrá decir?)

GARCIA. ¿Sois contenta por ventura,

señora, de compartir

para siempre mi ternura?

¿no lo anhelais resistir?

SANCHA. ¿Qué causa teneis...?

GARCIA. No os digo

que tenga razon alguna,
 mas fué tan dura conmigo
 la inexorable fortuna,
 y el cielo tan mi enemigo,
 que ya que en vos vislumbre
 una celeste esperanza
 que vivifica mi fé,
 mi eterna desconfianza
 entre tinieblas la ve.

Os amé: mas si esta llama
 que mi corazon inflama
 no arde, doña Sancha, en vos...

SANCHA.

De que vuestra esposa os ama
 pongo por testigo á Dios.

GARCIA.

Gracias, doña Sancha; así
 ensanchais mi corazon:

gracias pues, que á vos debí
 esa dulce compasion...

compasion, señora, si
 Me veis solo y desdichado

y en vuestra noble honrad
 cabida mi amor ha hallado,

que no cabe desagrado
 en tan completa beldad.

Y pues te logro piadosa,
 y me complaces clemente,

mi dulce, mi amada esposa,
 tu mirada cariñosa

mi cobarde afan aliente:
 Niño sin madre quedé,

y ya sin mi triste padre
 que mi solo amparo fué,

mi amor te consagraré
 como á esposa y como á madre.

Serás el sol esplendente
 que ilumine mi razon,

y que borre de mi frente
 esta pena tan ardiente

de triste fascinacion.

SANCHA.

Sí, bien dices: yo seré
 con amorosa paciencia
 tu amor, tu amparo y tu fé,

y angel tuyo velaré
los sueños de tu inocencia.

Y esa cándida ternura
que abriga tu corazón,
no seré yo quien perjura
la manche con la amargura
de otra insensata ilusión.

Tu cariño, abuyentará
las tormentas de mi alma,
y allá, mas tarde, quizá

á mi pecho volverá
mi dulce perdida calma.

¿No cres feliz?

¡Ah, señor!

¿Sancha; ¿Quieres affligirme?

No merezco tanto amor.

¿Y qué! ¿no puedes decirme
la causa de tu dolor?

Cuando dos almas queridas
el cielo tal vez adorna

con un mismo amor heridas,
para ellas no hay pena alguna

ni tristezas escondidas.

Porque no hay mayor placer
como, esclavo en la cadena

que nos tiende una muger,
adorarla, y padecer

haciendo propias sus penas.
Harto de amor entendeis

para vuestra corta edad.
Es mucho que lo estrañeis,

vos, que tambien comprendeis
el dolor de la horfandad.

Esta solitaria pena,
agena de dicha y calma,

y de venturas agena;
esta soledad que llena
de activa pasion el alma.

Este afán reconcentrado
en el sublime secreto

de un corazón desgraciado,
que gime en él agobiado,

;

GARCIA.

SANCHA.

GARCIA.

SANCHA.

GARCIA.

SANCHA.

GARCIA.

sin esperanza ni objeto.

¡Ay! mas si logra encontrar
quien dé calma á su dolor
y á su esperanza lugar,
¿quién, dime, quién sabe amar
con tan sublime fervor?

SANCHA.

Puesto que tan grande es
tu afecto, probarlo espero.

GARCIA.

¿Qué dices?

SANCHA.

Tengo interes...

GARCIA.

Cuanto soy, solo lo quiero
para ponerlo á tus pies.

SANCHA.

Perdóname si te obligo
á olvidar ciegas pasiones...

GARCIA.

¿Quieres hablar de Rodrigo?

SANCHA.

Si valgo para contigo
te ruego que le perdones.

GARCIA.

Si sus errores abjura,
dile que venga. Mi anhelo
únicamente procura
cubrir con eterno velo
su traicion ó su locura.

SANCHA.

Sin embargo, no sabré
aconsejarte que ciego
te confíes en su fé.

GARCIA.

Que no confíe: ¿por qué?
á su conciencia me entrego.
Será mi amigo y valido,
que con tanta intercesion
interesarme ha podido.

SANCHA.

Más fieles amigos son
los que euemigos han sido.

SANCHA.

Pero...

GARCIA.

No te he de escuchar,
si en su favor no me pides.
¿Cuándo...?

SANCHA.

Luego ha de llegar:
tal vez aguarda. ¿Decides
verle?

GARCIA.

Sí, déjale entrar.
(*Vase doña Sancha.*)

ESCENA XII.

DON GARCÍA.

¡Qué, en vano, corazón mio,
 con peligrosa altivez
 el dardo arrancar pretendes
 de tu sospecha cruel!
 Pero es posible que abrigue
 la intención... no puede ser
 que la venganza se cubra
 con tan infame doblez.
 ¡Él, que en sus brazos me tuvo
 en el sacramento santo,
 que paso á paso ha seguido
 las huellas de mi niñez!
 ¡Es imposible! es un crimen
 pensarlo.— Pero también,
 si á mi sospecha atiendo,
 vuelve mi duda otra vez.
 ¿Quién fué quien unido al moro
 asoló mis tierras? fué
 Rodrigo Vela, traidor
 á su patria y á su ley.
 Él fué quien de mi Castilla
 rasgó el seno.— Verdad es
 que ofendido de mi padre...
 Mas yo lo remediaré.
 Tierras, vasallos, castillos,
 todo eso y más le daré,
 mas que venga como bueno,
 como leal á mis pies.
 La corona de Castilla
 ciñe desde ahora mi sien...
 que venga, y doble la frente
 en presencia de su rey.

ESCENA XIII.

DON GARCÍA. RODRIGO, que entra sin ser visto.

RODRIGO. ¡Señor! (De rodillas.)

GARCIA.

¡Ah! ¿quién sois? ¡Rodrigo!

(Con sobresalto.)

¡Huid...! ¡apartad!

RODRIGO.

¿Qué hacéis?

¿Vuestra alteza me rechaza?

(Su corazón es muy fiel.)

GARCIA.

Perdonad, Rodrigo. *(Recobrándose.)*

RODRIGO.

¿Cuál

causa os he dado...

GARCIA.

No sé...

no sé... perdonad... *(vergüenza)*

tengo de mí, ¡voto á quién!

RODRIGO.

Si ya las tristes memorias

no se han borrado tal vez

de otro tiempo...

GARCIA.

De ese tiempo,

Rodrigo, ya me olvidé.

No hablemos de eso.

RODRIGO.

¿Es posible?

GARCIA.

Decidme qué debo hacer

para que añeos enconos

deis al olvido también.

RODRIGO.

Darme á besar vuestra mano

cual dueño y señor, y hacer

porque mi noble lealtad

y mi obediencia probeis.

GARCIA.

Y ningún rey dará nunca

su confianza y su fé

como yo os la doy, Rodrigo.

En mi corazón no hay hiel.

RODRIGO.

¡Noble señor!

GARCIA.

Desde ahora

en mi pecho y en mi grey

os doy el primer lugar.

RODRIGO.

Yo lo espero merecer.

Pero dadme vuestra mano

para que conforme á ley

os jure obediencia.

GARCIA.

Eso

de otro modo se ha de hacer.

Venid, caballeros.

ESCENA XIV.

DICHOS. FERRAN. DIEGO. CABALLEROS.

GARCIA.

Sean

testigos de que mi fiel
vasallo, Rodrigo Vela,
vuelve á mi gracia otra vez,
y que me rinde homenaje
de lealtad, como quien
mas á mi afecto lo rinde
que á mi grandeza y poder.
Yo de su adhesion en premio
desde aqui le hago merced
de mis lugares de Atienza,
de Nágera y Peñafiel.

RODRIGO.

Y yo obediencia os prometo
y lealtad.

(Don Rodrigo hince en tierra una rodilla, y besa á don García la mano. Los caballeros se descubren.)

FERRAN.

¡Mirad bien!

(Aparte á Diego.)

Ese es el beso de Judas.

DIEGO.

¡Ba! ¡Ferran, estais cruel!

¡Cómo es posible...!

FERRAN.

Veremos.

Algun dia os lo diré.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.

El teatro representa un salon de palacio, con cuatro puertas laterales. En el fondo, un balcon. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

JIMENA y DON FERNANDO, que salen por la primera puerta de la derecha.

FERNANDO. ¿Dónde me llevas?
JIMENA. ¡Silencio!
FERNANDO. ¿Hemos llegado?
JIMENA. Pisad
quedo. Ya estamos.
FERNANDO. Y dices
que don García vendrá...
JIMENA. De seguro. Ahora salió
á la iglesia de San Juan,
porque para ver al rey
al alba quiere marchar.
FERNANDO. En ese caso, la infanta...
JIMENA. A despedirle saldrá,
y cuando vuelva...
FERNANDO. ¿Y por qué
antes no?
JIMENA. ¡Sois pertinaz!
Si el conde os halla, si Sancha
de mí llega á sospechar...

FERNANDO. Ten cuenta tú con el conde,
y déjame lo demas;
que si ella no te disculpa,
si no perdona á mi afan
este loco atrevimiento,
no hay en su afecto verdad.

JIMENA. Ved que somos las mugeres
de condicion tan fatal,
que á veces mas nos ofende
lo que nos agrada mas.

FERNANDO. Ella no.

JIMENA. Ved que amor tiene
al conde.

FERNANDO. ¿No le ha de amar?

¿Piensas tú que celos tengo
de mi dichoso rival?

No, si su ventura envidio,
no se la quiero usurpar
ni un solo instante; que gocen
su amor en ventura y paz.

Solo quiero ver á Sancha,
saber que no olvidará
aquellos hermosos dias...

JIMENA. Eso tan solo...

FERNANDO. ¿Es verdad!

Bien dices: yo mismo ignoro
lo que deseo, y es tal
mi confusion, que ya temo
verla.

JIMENA. Sí; mejor será...

FERNANDO. ¿Qué dices?

JIMENA. Que soy tambien
de vuestra opinion.

FERNANDO. ¿De cuál?

JIMENA. No sé... de la que tencis.

FERNANDO. Yo me resuelvo á quedar.

JIMENA. Eso ya lo presumía.

Mas si por arte infernal
sabe que yo...

FERNANDO. No lo temas:

su amor te disculpará.

JIMENA. Sin embargo, que lo ignore

es mejor. Ella es tenaz,
y la temo. Mientras viene,
aquí os podeis ocultar.

(Señalando á la misma puerta por donde entraron, de
la cual quita la llave y la pone sobre una mesa.)

No sabiendo quién abrió
esa puerta no podrá
sospechar, y si sospecha,
presuncion no es realidad.
Ocultaos.

FERNANDO.

¡ Antes con ella
por mi amor no abogará?
En tí pongo mi esperanza.

JIMENA.

En buenas manos está.

(D. Fernando se esconde y Jimena cierra la puerta.)

ESCENA II.

JIMENA.

Hice mal en acceder;
pero es tan buen caballero
el infante, que no espero
me llegue á comprometer.
Y á más de que su respeto
su ardor ha de refrenar,
por ella habrá de ocultar
de esta pasion el secreto;
que si á saberse llegara
este misterio, no dudo,
tal es fiero don Bermudo,
que á su hermana castigara.

(Acercándose á la ventana.)

Yó no sé... mas si no ha sido
del miedo iluson liviana,
se ven desde esta ventana
sombas, y se oye ruido.
Mientras la luna se esconda
no es posible distinguir
qué será, ni discurrir...
quizá será alguna ronda.
¡ Unos vienen, y otros van!

¿Se lo diré á mi señora?
 ¡No...! voy á asustarla. — Ahora
 todos inmóviles están.

¿Se ven relumbrar aceros...!
 ó es ronda, como decía,
 ó serán de don García
 los pages y caballeros.

¡Ya dí en ello! y hay razon
 y causa de que me espante.

¿Para esperar al infante
 tal misterio y prevencion?

¿Acaso en Leon récela
 que le puedan ofender?

No sé de quién pueda ser...
 si no es de Rodrigo Vela.

ESCENA III.

DOÑA SANCHÁ. JIMENA.

SANCHÁ. ¡Jimena!

JIMENA. ¡Cómo! tan presto
 levantada.

SANCHÁ. No he podido
 reposar. Mi sueño ha sido
 desesperado y funesto.

JIMENA. ¿Vino mi esposo?
 Aun está

SANCHÁ. en la iglesia.

JIMENA. ¡Temor ciego!

SANCHÁ. ¿Volverá á palacio?

SANCHÁ. Luego
 á despedirse vendrá.

JIMENA. ¿Costaros puede un deseo
 don García?

SANCHÁ. ¿Por qué no?

JIMENA. ¿Pienñas que no le amo yo?
 Perdonad si no lo creo.

SANCHÁ. ¡Tan vano y estéril es
 nuestro corazon!

JIMENA. Es nuevo
 para mí. No sé qué debo

SANCHA.

juzgar de tanto interes.
Habeis olvidado...
¡Calla!

¡no resucites asi
este ciego frenesi
que por vencerme batalla!
Nunca le olvidé, Jimena;
pero aunque siempre le adore,
no temas que al cielo implore,
porque rompa mi cadena.
Solo don García puede
dulcificar mi dolor,
y te juro que á su amor
ni el de don Fernando escede.
Y aunque mas dura violencia,
y mas dolor me costara,
el sacrificio aceptara
en gracia de su inocencia.

JIMENA.

¿Pero no consentireis
en verle?

SANCHA.

¡No...! eso ya fuera
crimen.

JIMENA.

¿Y de esa manera,
señora, os separareis?

SANCHA.

¿Qué puede decirme?

JIMENA.

Acaso
su dolor mitigará...

SANCHA.

¡No, Jimena! ¡basta ya...!
harto en mi dolor me abraso.
Y con escuchar su ruego,
con verle ¿qué he de alcanzar,
Jimena, sino irritar
el ya peligroso fuego?

JIMENA.

Con lágrimas os lo pido.

SANCHA.

¡Insensato! ¡qué! ¡te habló!

JIMENA.

Si me atreviera...

SANCHA.

¡No, no...!
que huya de mí, que me olvide.

JIMENA.

Mas si ausentarse promete...

SANCHA.

No importa.

JIMENA.

No han de saber...

SANCHA.

Yo sé cuál es mi deber.

JIMENA. ¡Pobre don Fernando!
 SANCHA. ¡Vete!
 JIMENA. No fué enojaros mi intento.
 SANCHA. Retírate.
 JIMENA. (Eso quería.)
 SANCHA. Si viniere don García,
 me avisarás al momento. *(Vase Jimena.)*

ESCENA IV.

DOÑA SANCHA.

¡Mas me cuestas que pensé,
 inclinacion desdichada!
 ¡Mas no importa...! estoy casada.

(Don Fernando entrecabre la puerta.)

FERNANDO. No sé si me atreveré.
 SANCHA. Calle en mi pecho el dolor,
 y muera yo si es preciso,
 pues mi desdicha lo quiso.

(Se oyen voces y tumulto en la plaza. Don Fernando cierra precipitadamente la puerta, y doña Sancha corre azorada á la ventana.)

FERNANDO. ¿Qué puede ser?
 SANCHA. ¡Qué rumor!
 Por allí corren veloces
 mil sombras. ¡Suceso extraño!
 ¡Gran Dios! y si no me engaño
 son en palacio esas voces.

ESCENA V.

DOÑA SANCHA, y RODRIGO VELA, que sale por la izquierda con la espada desnuda y dando muestra de espanto y agitación. Doña Sancha retrocede asustada.

SANCHA. ¿Quién se acerca?
 RODRIGO. ¡Piedad!
 SANCHA. ¡Qué miro!
 RODRIGO. ¡Sancha!
 señora, por piedad.
 SANCHA. ¡Vos de esa suerte

en mi cámara entráis!

RODRIGO. Ved que me siguen.

SANCHA. ¿Por qué?

RODRIGO. Quieren matarme.

SANCHA. ¿Quién se atreve...

RODRIGO. ¿Dónde me ocultaré? mirad que llegan.

SANCHA. Esperad un instante.
(Corre á la segunda puerta de la izquierda y la abre.)

RODRIGO. ¡Horrible suerte!

SANCHA. ¡Qué espantosa sospecha!

RODRIGO. ¿Aquí?

SANCHA. Sí, conde.

RODRIGO. ¡Oh! si llega á saber...

SANCHA. Entrad, que vienen.

ESCENA VI.

DOÑA SANCHA, y FERRAN, CABALLEROS y SÓLDADOS con armas y luces, que entran precipitadamente por la primera puerta de la izquierda. Al ver sola á la infanta, se detienen manifestando respeto.

SANCHA. ¿Qué es esto caballeros? así saben ultrajar los hidalgos leoneses de noche mi retiro? ¿así atropellan el venerado alcázar de sus reyes?

FERRAN. ¡Señora, perdonad! pero si osamos penetrar hasta aquí, si se consienten tal desman vuestros nobles caballeros, no han entrado esta vez como rebeldes. ¿Dónde está don Rodrigo?

SANCHA. No os entiendo.

FERRAN. Dios me confunda si escapó el alevé.

SANCHA. Explicadme...

FERRAN. ¡Señora!

SANCHA. ¿Por qué causa

toda Leon airada se conmueve?

FERRAN. ¡Llorad, Sancha, llorad!

SANCHA. Vuestras palabras

con fatídico espanto me estremecen.

Acabad por favor.

FERRAN. El noble conde

de Castilla...

- SANCHA. ¡Mi esposo! ¡Dios clemente!
 FERRAN. Al matador buscamos.
 SANCHA. ¡Don Rodrigo!
 FERRAN. ¡Venganza!
 SANCHA. ¡Sí, Ferran! y que su muerte,
 si es bastante á espíar tanto delito, á
 la noble sangre de mi esposo venga.
 FERRAN. ¿Mas dónde está?
 SANCHA. ¡No sé! (Dios me dé fuerzas.)
 FERRAN. En el palació entró: ¡corred, traedle!
 que no haya oculto ni apartado sitio
 donde nuestra venganza no pénétre.

(*Algunos caballeros y soldados se van, agitando tumultuosamente sus armas.*)

- SANCHA. ¡Pero mi esposo...!
 FERRAN. ¡Sancha!
 SANCHA. ¿Dónde, dónde
 su cadáver está? yo quiero verle,
 verle otra vez... ¿lo oís?
 FERRAN. ¡Qué haceis, señora!
 SANCHA. No hay palabras, Ferran, que me consuelen.
 FERRAN. Le vereis.
 SANCHA. ¿Dónde está?
 FERRAN. Traed al conde.
 (*A los soldados.*)
 SANCHA. (No permitas, rencor, que se rebele
 tu impulso vengador): para mí sea
 la amargura no mas.
 FERRAN. Ya llega: vedle.

ESCENA VII.

LOS MISMOS y SOLDADOS, que traen en un lecho de campaña el cadáver de DON GARCÍA cubierto con un paño. DOÑA SANCHA se arrodilla delante de él, y descubriéndole el rostro le besa en la frente.

- SANCHA. ¡Don García! ¡Señor...! ¡Era posible
 que tales fieras sin piedad hubiese,
 que viéndote tan niño, se cebasen
 en esa vida inofensiva y débil!

¡Oh! ¡pideme justicia! Dame aliento
para vengar tu desdichada muerte.
¿Quieres que en sangre del infame conde
sé bañe mi morada? ¿Di, lo quieres?

*(Se levanta: los soldados se llevan el cadáver por la
puerta segunda de la derecha.)*

¡No; yo no puedo nada! mas si alguno
matarle logra ó á mis pies traerle,
si es de sangre real, tendrá mi mano;
si es vasallo no mas, cuanto pidiere.
Mis joyas, mis tesoros, cuanto el hombre
en su ciega ambicion anhelar puede,
todo lo alcanzará; ¡Corred!

FERRAN. ¡Partámos!
Donde quiera que esté, démosle muerte.

ESCENA VIII.

DOÑA SANCHEA. RODRIGO VELA, que sale con precaución.

RODRIGO. ¿Fuéronse ya?

SANCHEA. Sí, conde.

RODRIGO. ¡Sancha, Sancha...!
si vuelven otra vez...

SANCHEA. ¿Y qué? Si vuelven,
quien una vez con vos fué generosa,
sabrás libraros y ampararos siempre.

RODRIGO. ¿Mas cómo podré huir?

SANCHEA. No es imposible;
mas primero, llegad.

*(Se dirige á la puerta por donde entraron á don Gar-
cia. Rodrigo, antes de entrar por ella, retrocede co-
mo receloso.)*

RODRIGO. ¡Sancha!

SANCHEA. ¿Qué temes?

RODRIGO. ¡Oh! ¡Tiemblo...! dice bien.

SANCHEA. Venid, Rodrigo.

RODRIGO. *(Este frio misterio me estremece.)*

SANCHEA. ¡No se ha engañado el tigre! ya olfatea
la derramada sangre con deleite.
No te engañaste: el desdichado mártir...

RODRIGO. ¡Don García!

SANCHEA. Ahí está.

- RODRIGO. (¡Maldita suerte!)
- SANCHA. ¡Ven á brindarle tu lealtad, infame!
 ¿Y tú eres noble y castellano? ¡Mientes!
 ¿Y te abriga Leon? ¡No, que tu ejemplo
 contagiará á los buenos...! ¡Vete! ¡vete!
- RODRIGO. Maldecidme; insultadme: mi delito
 mayor castigo con razon merece;
 ¡mas si supiérais, Sancha... si la causa
 de tan ciega maldad saber pudieseis...!
- SANCHA. ¿Qué excusa podeis dar á tanta infamia?
- RODRIGO. Señora, una pasion loca, vehemente,
 que no cabe en mi pecho.
- SANCHA. ¡Basta, basta!
 No querais con mas crimen ofenderme.
 Venenoso reptil que por el lodo
 arrastras tu existencia, ¿asi te atreves
 á levantar tu orgullo, hasta el sagrado
 invulnerable trono de tus reyes?
 ¡Tú, miserable, tú! y aunque no baste
 mi noble condicion á contenerte,
 ¿quién piensas tú que abrigará en su seno
 el ponzoñoso amor de una serpiente?
- RODRIGO. Oidme, no insulteis desapiadada
 al que vive por vos y por vos muere.
- SANCHA. Huid, Rodrigo.
*(Señalando á la puerta por donde entró don Fernando
 y entregándole la llave.)*
- RODRIGO. No, si antes no logro
 el perdon de mi crimen.
- SANCHA. No lo esperes.
 ¡Jamás! esta memoria dolorosa
 aqui en mi corazon vivirá siempre.
 Huid.
- RODRIGO. Sed generosa.
- SANCHA. Harto lo he sido.
- RODRIGO. Tened de mí piedad.
- SANCHA. Hareis que os deje. *(Vase.)*

ESCENA IX.

RODRIGO.

¡Huir...! sí, sí, es preciso. El nuevo dia

va á amanecer. — Salvémonos. ¿Qué siente mi corazón helado? Las memorias de esta noche infernal me desvanecen. ¡Esos gritos! ¡me buscan...! odio y sangre respiran esas voces. Ya no pueden alcanzarme; ¡insensatos! Esta puerta...

FERNANDO. Está guardada.

RODRIGO. ¡Cielos! ¿quién se atreve...?

ESCENA X.

DON FERNANDO; RODRIGO.

FERNANDO. ¿No me esperabais?

RODRIGO. No á fé.

FERNANDO. ¡Atrás!

RODRIGO. ¡Pese á mi furor!

Abridme paso, señor;

hacedlo, ó vive Dios...

FERNANDO. ¿Qué? (*Con calma.*)

RODRIGO. Yo no quisiera ofenderos...

FERNANDO. Vuestra precaucion es sabia.

RODRIGO. Mas ved que escitais mi rabia.

FERNANDO. No sé si debo entenderos.

¿Vos, Rodrigo, osais hablar de ese modo? ¿Os atreveis...

RODRIGO. ¡Quién sabe!

FERNANDO. Vos no sabeis reñir, sino asesinar.

RODRIGO. No hagais de valor alarde.

FERNANDO. ¡No! Solo os sabré decir, que habeis aqui de morir de valiente ó de cobarde.

¡Riñamos ya, vive Dios!

RODRIGO. No es posible.

FERNANDO. De otra suerte, habré de daros la muerte como sabeis darla vos.

Mirad, por aqui podeis escapar; no hay otra puerta.

RODRIGO. Dejadme, infante.

FERNANDO. Está abierta...

pasadla si os atreveis.

Mas ved que os lo estorbo yo
á defenderla arrestado,
que si ella os ha perdonado,
Rodrigo Vela, yo no.

RODRIGO. ;Perdonar ella! ;ironía
cruel! satisfecha estaba
de que mi muerte lograba
cuando clemencia fingía.
;Y yo con vergüenza y mengua
la escuchaba, y la creí
piadosa! ;necio de mí!

FERNANDO. Ten, miserable, la lengua.
Alma mezquina y villana,
en tu miserable ser,
tú no puedes comprender
su clemencia soberana.
Yo vine aqui con intento,
que amor todo lo atropella,
de ver á Sancha; pero ella
ignora mi atrevimiento.

RODRIGO. ;Vos la amabais!

FERNANDO. Sí, Rodrigo.

RODRIGO. Y dueño de este secreto
no temeis...

FERNANDO. ;No! yo prometo
que no ha de salir contigo.

RODRIGO. ;Oh! ;malhaya mi destino!

FERNANDO. Defiéndete.

RODRIGO. Es desacato;
no.

FERNANDO. Defiéndete, ó te mato
cual mereces, asesino.

RODRIGO. Pues bien; ¿lo quereis asi...?

*(Riñen, y don Rodrigo, arrojándose furioso sobre don
Fernando, gana terreno hasta hallarse cerca de la
puerta.)*

FERNANDO. ¿Inspira valor el miedo?

;Pese á mi furia...!

*(Cae don Rodrigo dentro, á tiempo que iba ganando la
salida.)*

RODRIGO. No puedo...
no puedo mas... ;ay de mí!

ESCENA XI.

D. FERNANDO. D.^a SANCHIA. Luego CABALLEROS y SOLDADOS.

SANCHA. ¿Qué es esto?
 FERNANDO. Vengada estais.
 SANCHIA. ¡Don Fernando!
 FERNANDO. Hasta aqui entré...
 SANCHIA. Fué ciega accion.
 FERNANDO. Ya lo sé;
 mas sé que me perdonais.
 ¡Entrad, señores, entrad!
 Cumplióse vuestra esperanza
 dando al infante venganza.
 FERRAN. ¡Rodrigo Vela...!
 FERNANDO. Mirad.
 SANCHIA. ¡Muerto!
 FERNANDO. Muerto por mi mano,
 señora, y mi dicha es esa,
 pues oí vuestra promesa,
 que espero no será en vano.
 SANCHIA. ¿Qué decís?
 FERNANDO. Sangre real
 sabeis que en mis venas corre.
 SANCHIA. Sí; mas dejad que se borre
 este recuerdo fatal.
 Dejad que amante tributo
 de lágrimas le conceda,
 hasta que del alma pueda
 lanzár el amargo luto.
 FERNANDO. Yo tambien le llevaré.
 SANCHIA. Y tú, esposo desdichado,
 permite que al que ha vengado
 tu muerte, mi mano dé:
 que yo te juro, señor,
 que á otro ninguno la diera,
 si no al que á mis pies pusiera
 á tu infame matador.
 Tú desde el cielo podrás
 disculparme y comprenderme.
 A Dios, noble esposo; ¡duerme
 tranquilo! vengado estás.

FIN DEL DRAMA.

creto de estado.
 norias de un coronel.
 asepo el Veronés.
 El hijo de la tempestad.
 Una boda improvisada.
 Marcelino el tapicero.
 Los dos solterones.
 El hombre mas feo de Francia.
 Noche toledana.
 El juglar.
 El castigo de una madre.
 Las memorias del diablo.
 Otra casa con dos puertas.
 Gaspar.
 Lluven bofetones.
 Cazar en vedado.
 El corsario.
 Cásate por interés.
 A cazar me vuelvo.
 Ser buen padre.
 El sitio de Bilbao.
 Cromwell.
 Pablo y Paulina.
 La novia de palo.
 Soltera, viuda y casada.
 El protestante.
 Catalina de Médicis.
 El caballero de industria.
 Cristobal el leñador.
 Gabriela de Belle-Isle.
 El abuelo.
 El médico y la huérfana.
 El pacto del hambre.
 El proscripto.
 La degollacion de los inocentes.
 Los dos celosos.
 Los cómicos del rey de Prusia.
 La abadía de Castro.
 Un hombre de bien.
 La carcajada.
 Lázaro.
 Un secreto de familia.
 Una aventura de Carlos II.
 La molinera.
 El mercader flamenco.
 El secretario privado.
 La cisterna de Alby.
 Una cadena.
 Amor y nobleza.
 Antonio Perez y Felipe II.
 Adolfo.
 Amor venga sus agravios.
 Antoni.
 Perder y cobrar el cetro.
 Quince años despues.
 Fabio el novicio.
 Los zelos.
 El Primito.
 Cecilia la ciegucecita.
 Los solitarios.

Augo.
 Angelo, tirano de Pádua.
 Amor y deber.
 A un cobárde otro mayor.
 Adel el Zegrí.
 Baltasar Cozza.
 Catalina Hovar.
 Cliton !!!
 Doña María de Molina.
 Doña Urraca.
 Doña Jimena de Ordoñez.
 Doña Blanca de Navarra.
 Diana de Chivri.
 D. Rodrigo Calderon.
 Dos granaderos.
 Dos padres para una hija.
 Elvira de Albornoz.
 El desconfiado.
 El hijo predilecto.
 Emilia.
 El astrólogo de Valladolid.
 El pária.
 El campanero de san Pablo.
 El casamiento nulo.
 El afan de figurar.
 El peluquero de antaño.
 El pobre pretendiente.
 El hijo en cuestion.
 Está loca !
 El dómine consejero.
 El compositor y la estrangera.
 El duque de Braganza.
 El pilluelo de Paris.
 El soprano.
 El gondolero.
 El castillo de san Alberto.
 El ramillete y la carta.
 El comodin.
 El mulato.
 El marido y el amante.
 Fray Luis de Leon.
 Funcion de boda sin boda.
 Garcilaso de la Vega.
 Gurrelmo Colman.
 Hernani.
 Hija, esposa y madre.
 Intrigar para morir.
 Incertidumbre y amor.
 Intriga y amor.
 Isabel de Babiera.
 La vieja del candilejo.
 La político-mania.
 Mata-muertos y el cruel.
 A muerte ó á vida.
 La familia de Falkland.
 Cain Pirata.
 La Judia de Toledo.
 Detras de la cruz el diablo.
 Retascon.
 Simon Bocanegra.

La estrella de oro.
 Los ceptesanos de D. Juan II.
 La ocasion por los cabellos.
 Los zelos infundados.
 Los amorios de 1790.
 La conjuracion de Fiesco.
 La cuarentena.
 La pata de cabra.
 La gata muger.
 Lucrecia Borgia.
 Luis oncnco.
 Los guantes amarillos.
 La frontera de Saboya.
 Las máscaras negras.
 La espada de mi padre.
 La cruz de oro.
 La hermana del sargento.
 Los padres de la novia.
 Luisa.
 La escalera de mano.
 La solterona.
 La cuñada.
 La hija del avaro.
 La hosteria de Segura.
 Me voy á casar.
 María Remond.
 Machet.
 No hay mal que por bien no venga.
 Ni el tio ni el sobrino.
 No siempre el amor es ciego.
 Padre é hijo.
 Plan-plan.
 Pablo el marino.
 Roberto D' Artevelde.
 Ricardo Darlington.
 Sin nombre !
 Stradella.
 Teodoro.
 Toma y daca.
 Virtud en la deshonra.
 Valeria.
 Un poeta y una muger.
 Una muger generosa.
 Un dia de 1823.
 Una y no mas.
 Un artista.
 Un tio en Indias.
 Un liberal.
 La familia improvisada.
 El hombre misterioso.
 Cada cosa en su tiempo.
 Los independentes.
 Sancho Garcia.
 Mi honra por su vida.
 El galan duende.
 La escuela de los periodistas.
 Por él y por mí.
 Honoria.
 Estar en habia.

Esta interesante coleccion comprende cerca de 400 comedias,
cuyos autores son :

D. Angel Saavedra, duque de Rivas.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Antonio Garcia Gutierrez.
D. Eugenio de Tapia.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Gaspar Fernando Coll.
D. Isidoro Gil.
D. José Zorrilla.
D. José Espronceda.
D. José de Castro y Orozco.

D. José Garcia de Villalta.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano José de Larra.
D. Mariano Roca de Togores.
D. Miguel Agustin Principe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Ramon Navarrete.
D. Tomas Rodriguez Rubi.
D. Ventura de la Vega.

TEATRO MODERNO ESPAÑOL.

Van publicados 40 tomos. Se venden sueltos á 20 reales.

TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL.

TIRSO DE MOLINA. Consta de 12 tomos en 8.º marquilla, 160 rs.

TEATRO MODERNO ESTRANGERO.

Van publicados 24 tomos. Se venden sueltos á 20 rs.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid, librerias de Cuesta, calle Mayor, y de Rios, calle de Carretas, frente á la imprenta Nacional.

En las provincias en los siguientes :

Almeria..... Gonzalez.
Alcov..... Marti Roig.
Alicante..... Champourcin.
Burgos..... Arnaiz.
Badajoz..... Viuda de Carrillo.
Barce'ona..... Pfeiferer.
Bilbao..... Garcia.
Cadiz..... Moraleda.
Córdoba..... Berard.
Coruña..... Perez.
Granada..... Sanz.
Habana..... Urban Ramos.
Huesca..... Navarro.
Jaen..... Orozco.
Jerez..... Bueno.
Lugo..... Pujol.
Málaga..... Aguilar.

Murcia..... Gisbert.
Oviedo..... Longoria.
Orense..... Novoa.
Pamplona..... Erasun.
Palencia..... Santos.
Palma..... Gelabert.
Santander..... Riesgo.
Salamanca..... Oliva.
Sevilla..... Caro Cartaya.
Santiago..... Rey Romero.
San Sebastian..... Baroja.
Toledo..... Hernandez.
Vitoria..... Ormilugue.
Valencia..... Navarro.
Valladolid..... Hijos de Rodriguez.
Zaragoza..... Yague.

LIBRARY OF CONGRESS



0 022 011 526 4

LIBRARY OF CONGRESS



0 022 011 526 4

Hollinger Corp.
pH 8.5

LIBRARY OF CONGRESS



0 022 011 526 4

Hollinger Corp.
pH 8.5